

Pero quiero preguntar a los primeros: ¿pensaron en serio que la doctrina de los padres de la iglesia no era sino producto de una fantasía asustada? Sólo una conciencia tan irreligiosa como lo es un tractor o un laminador es capaz de suponer, por ejemplo, que agotaríamos la *Divina Comedia* interpretándola como una suma de métodos artísticos, odios políticos y fantasías poéticas. En la primera parte, Dante mostró la escalera de capas descendentes presentes en el medievo en la infrafísica de la metacultura Católico-Romana. Hay que aprender a separar las adiciones aportadas a este cuadro, por las exigencias del arte o las aberraciones propias de la época, y la manifestación de la experiencia transfísica: genuina, singular y sorprendente. Y creo conveniente señalar que el que fue Dante está hoy entre los pocos espíritus más grandes de la humanidad, que pueden penetrar libremente hasta el mismo Fondo de Shadanakar.

Y para los que se indignan con la severidad de las leyes sólo hay una respuesta: ¡trabajad, pues, en iluminarlas! Claro que, con los hábitos intelectuales del siglo humanista, se conjugaría más fácilmente no la idea de las penas materiales sino de las que llamaríamos espirituales: remordimientos de conciencia, añoranza de no poder amar y cosas por el estilo. Es lamentable; pero aquellas leyes bárbaras fueron creadas, evidentemente, sin atender a los ánimos intelectualistas del siglo XX. Los tormentos espirituales también poseen, por cierto, no poca importancia en las capas descendentes. En el fondo, solamente los grandes criminales de la historia se someten a padecimientos materiales por excelencia, que además son mucho más penosos que cualquier dolor físico, porque éste le cede al etérico intensidad y duración. Pero veamos: si se imagina la masa de los sufrimientos causados por esta gente a sus víctimas en Enrof, ¿con qué remordimientos o -como pensara Dostoievski- con qué añoranza por no poder amar, se equilibraría esta montaña de tormentos en la balanza de la impasible Ley del Karma?

Cada uno de nosotros es libre de sumarse a los que trabajan en moderar dicha Ley.

3. Shrastres y uizraores

Me acerco a la descripción de mundos que poseen, para la humanidad con su historia y para todo Shadanakar, una importancia muy especial, porque fueron creados por las fuerzas demoníacas como instrumento directo para realizar el plan mundial de Gagtungr.

Son, propiamente, dos sucesiones, dos sacualas de capas infrafísicas muy enlazadas entre sí.

Ya he dicho que cada metacultura incluye cierto antipolo de su zatomis, cierta ciudadela de las fuerzas demoníacas donde se reflejan, como invertidas por unos espejos negros, las urbes sagradas de los Sincretis. Se trata de los shrastres, moradas de la antihumanidad.

Los shastres son diversas zonas del unido mundo espacial de cuatro dimensiones; cada uno posee, sin embargo, un número propio de coordenadas temporales. El anillo de los shastres, metageológicamente, se vincula a los estratos inferiores de la corteza terrestre y a sus salientes compensatorios, oponiendo los oscuros dobles-antípodos a Eanna, Olimpo, Paraíso, Montsalvat, Rusia Celestial y demás zatómises. Los salientes compensatorios, que equilibran los macizos montañosos de la superficie terrestre, apuntan con sus picos y crestas al centro del planeta. En Enrof son regiones sin vida, muertas: basalto, lava, y nada más. No así en el mundo cuatridimensional. Más abajo, hacia el centro, hay un vacío: la cavidad de color naranja mate, rojiza, que flamea en rápidas oleadas de luz y calor.

En el revés de la corteza domina la resultante de dos atracciones: hacia el espesor de la corteza y hacia el centro de la tierra; los conceptos de arriba y abajo no coinciden con los nuestros. Allí, en el cielo subterráneo de color naranja-rojizo, se ven, inmóviles, lumbreras infralilas e infrarrojas, casi negras: así se perciben desde allí Gashsharva y los abismos de tormento del núcleo terrestre. Bajo los rayos de aquellas lunas viven y fortifican sus ciudadelas unas sociedades de muchos millones de habitantes y unas jerarquías monstruosas que en la tierra se manifiestan en las grandes potencias, en las tiranías estatales, en los vampiros impersonales de la historia mundial.

¿Qué naturaleza, qué paisaje dominan en este revés del mundo? Allí no existen el azul ni el verde: los habitantes no podrían percibirlos con la vista. En cambio, hay dos colores que nuestro ojo no distingue. Hay una especie de vegetación pero ardiente y aterradora: bosquecillos de arbustos macizos de púrpura oscuro y, en algunos lugares, grandes y aisladas flores de llamas que se mueven. El relieve es muy desigual; en los macizos de tierra firme se incrustan lagos y mares de lava blanca y rosácea. En general, el paisaje posee cierto carácter geólogo-urbanístico, con gigantescas urbes multimillonarias. En la infra-Rusia, por ejemplo, la principal se vincula con casi todo el saliente compensatorio de los anti-Urales, otra corresponde al Cáucaso y ahora se crean más ciudades en los salientes compensatorios de los montes de Kazajstán y Tian-Shan. Hay también ciudades debajo de nuestras depresiones pero no tantas, porque aquellas regiones en su mayoría están llenas de lava.

La antihumanidad consta, básicamente, de dos razas o especies, muy distintas una de otra. Los principales son unos seres menores pero altamente racionales que pasan por un ciclo de reencarnaciones en los shrastrés, donde adoptan una forma cuatridimensional semejante en algo a la nuestra. Su cuerpo corresponde a nuestro cuerpo físico y se llama *karroj*, formándose con la materia de dichas capas creadas por las jerarquías demoníacas superiores. Los habitantes de los shrastrés tienen un par de extremidades superiores y otro par de inferiores aunque con un número de dedos diferente al nuestro; además están provistas de membranas cutáneas para volar. Sus ojos son rojos y cauliformes, y se destacan a los lados de la cabeza cilíndrica. Su piel, de gris ratonesco, y su boca tubular estirada podrían repugnar al hombre. Pero estos seres poseen un intelecto agudo y han creado una civilización de alto nivel, en algunos aspectos adelantada a la nuestra. Se llaman *igvas*.

Los *igvas* aparecieron por primera vez en el shrastré de la metacultura Asirio-Babilónica. En los shrastrés más antiguos existió otra raza, los antepasados de los actuales raruggos que trataré más tarde. El origen de los *igvas* no me resulta muy claro; tiene que ver con nociones tan raras que la razón no quiere aceptarlas. Es que entre los humanos no existen mónadas de naturaleza demoníaca, pero ha habido

casos -excepcionalmente raros- en que un hombre en su camino posterior se ha convertido voluntariamente en *igva*. Para ello son necesarios, además del deseo, una colosal claridad de conciencia y el singular desarrollo de unas facultades específicas. Así fue el fundador de la antihumanidad, personalidad que existió realmente en Erech y Babilonia donde era sacerdote de Nergal, teniendo atrás una larga cadena de encarnaciones en culturas más antiguas y en la humanidad de los titanes.

Los *igvas* proceden de la unión de este ser con Lilith. Ella puede adquirir -muy raras veces y sólo por voluntad de Gagtungr- aspectos femeninos en mundos más densos. Cuando llegó a Babilonia, a los ojos humanos pareció que surgiese súbitamente de la nada. La vieron sólo tres hombres: el padre de los *igvas* y dos más; uno de ellos enloqueció y otro terminó ejecutado. Aquél para quien había adoptado su ilusoria forma física se unió con ella por su cuerpo astral y luego por el etérico. Después ella descendió, toda envuelta en llamas, a una capa infrafísica desierta, donde arrojó de sus entrañas la primera pareja de los *igvas*. Y el fundador de esta raza ya no encarnó más ni en los shrastrés ni en Enrof. Ahora está en Digm y su participación en el trazado y la realización del plan demoníaco es muy importante.

Los *igvas* poseen un idioma fonético de estructura monosílaba. De nuestros idiomas el más afín, fonéticamente, quizás sea el chino, pero gracias a la boca tubiforme de los *igvas* entre sus vocales predominan sonidos como o, u, ü.

A veces usan también la ropa pero más a menudo suelen andar desnudos. El excesivo intelectualismo de estos seres ha capado su esfera sexual. Se reproducen de un modo parecido al humano pero más feo. Copulan casi sobre la marcha, sin necesitar quedarse a solas porque carecen de vergüenza. Sus sentimientos de amor, afecto o compasión son embrionarios. En vez de familias tienen unas alianzas efímeras, y para los vástagos mantienen unos establecimientos educativos minuciosamente equipados y escrupulosamente pensados.

La moral es esclavista. La sociedad se compone de dos clases: los intelectuales superiores, integrados por científicos, ingenieros, sacerdotes y, si parece aplicable aquí el término, administradores; y por otra parte

la mayoría subordinada, que sólo cumple las órdenes de los dirigentes. Por cierto que éstos se subordinan estrictamente a la voluntad de los llamados *grandes igvas* (una especie de supremos emperadores-sacerdotes que se siguen como en sucesión) y a la de los monstruos de la capa vecina, los uizraores.

En cada shrastre el gran igva es, de hecho, un señor casi absoluto. El shrastre no es una monarquía ni, desde luego, una teocracia; es una satanocracia. El principio de la sucesión dinástica del poder es totalmente ajeno a los igvas. El sucesor es elegido y se prepara durante décadas, con una racionalidad y perspicacia asombrosas. La lucidez de los grandes igvas es inmensa aunque perciben todo el mundo a la inversa, bajo el punto de vista demoníaco. Son capaces de ver hasta el anticosmos de la Galaxia; el propio Gagtungr les irradia constantemente. Después de la muerte los grandes igvas suben directo a Digm.

Sería incorrecto decir que los shrastrés poseen un equivalente de nuestra ciencia y técnica, más bien las nuestras son equivalentes a las de los igvas. Unas condiciones y leyes distintas para aquellas capas han determinado otro contenido para su ciencia, pero los métodos de investigación científica y los principios técnicos son muy parecidos. Es cierto que se nos han adelantado muchísimo en este camino y conocen métodos y técnicas semejantes a nuestra magia, que a muchos nos parecerían una brujería. Pero usan incluso los principios de rosca, rueda, cohete. Tienen embarcaciones para navegar por los lagos de infralava. Por insólito que parezca, hace mucho que entre los shrastrés se practican líneas regulares. Está muy desarrollado hasta el turismo, no con fines estéticos, desde luego, sino meramente cognoscitivos. También tienen una aviación de alto nivel, aunque los propios igvas pueden desplazarse a gran velocidad, a menudo balanceándose de cabeza para abajo y posándose en techos y paredes de los edificios, como las moscas.

La ciencia ha permitido a los igvas llegar a la superficie de la Tierra. En su capa infrafísica esta superficie es muerta y desierta como la superficie de la Luna lo es para nosotros. Y como la sacuala de los shrastrés extingue su espacio en los límites del Sistema Solar, aquel cielo no tiene estrellas. Pero los igvas vieron los planetas y el Sol, aunque de forma muy diferente a la nuestra. La temperatura de los shrastrés es

muy alta (nos resultaría insoportable) y por eso el Sol, que pareció a los igvas una pálida mancha infrarroja, irradia un calor insuficiente para ellos. Pese a todas las precauciones contra el frío, los igvas pioneros sufrieron atrozmente en la superficie de la Tierra que por ahora les resulta tan poco apropiada para existir como lo es para nosotros la profundidad de la Antártida. Sin embargo, proyectan cierto método para potenciar esta superficie y no hacerlo en su propia capa sino en la nuestra.

Unos aparatos científicos ya les han permitido captar las sombras de Enrof. Es posible, casi inevitable, que con el tiempo se nos darán a conocer; surgirá un intercambio y contacto pero con ello, seguramente, influirán en la humanidad en el sentido deseable para ellos. Porque su anhelo más íntimo, el sueño que les une, consiste en extender su dominio, con ayuda de los uizraores y de Gagtungr, a todas las capas de Shadanakar. Es de suponer que el gran antídoto del Porvenir, preparado en Gashsharva para nacer entre la humanidad en un futuro ya no muy lejano, creará en Enrof una pareja de semihombres-semiigvas. De ahí comenzará la raza de los igvas en nuestra capa. Reproduciéndose a gran velocidad, como los peces, irán reemplazando poco a poco a los humanos para convertir la superficie de la Tierra en la morada de la humanidad diabolizada.

Los igvas siguen un círculo de encarnaciones en los shrastrés, y entre una y otra siempre les pasa lo mismo: su shelt junto con el astral cae al Fondo (en el cuerpo superpesado del Fondo es imposible encarnar sin un astral) atravesando vertiginosamente como por una tangente los magmas y Gashsharva, apenas rozándolos. En este descenso sus cuerpos etéricos se pulverizan impetuosamente. Los casos de iluminación entre los igvas son contados pero entonces sus vidas después de la muerte cambian, desde luego.

Todos, salvo en parte los grandes igvas, tienen una idea invertida de Dios, lo ven como el gran tirano mundial, más temible que Gagtungr. Cristo, de quien les hablan los grandes igvas, es para ellos el anticristo: como un déspota rebelde y muy peligroso; en fin, todo está al revés. Es natural por eso que su culto consista básicamente en la extática adoración demoníaca cuyos efluvios suben hacia Gagtungr.

Oh, la civilización de los igvas no se limita a la ciencia y la técnica, también incluye algunas artes.

Ante el grandioso templo cónico en Drukkarg –la capital de la antihumanidad Rusa, construida en una montaña vaciada–, se alza una estatua monstruosa: el protoigva montando a un rarugg. Aplicando nuestras medidas (en muchos casos es bastante lícito), resultará que los ojos del igva en esa estatua están hechos con unas piedras de rojo cinabrio del tamaño de una casa de dos pisos; y los ojos del rarugg, de púrpura oscuro, son mucho más grandes.

Pero el desarrollo de las artes es estorbado por la mentalidad razonadora de los igvas y por su baja emocionalidad. Junto con la deformación general de sus nociones, todo ello ha encaminado su arte por unos campos en que nuestros criterios estéticos resultan inaplicables.

El mayor desarrollo que han tenido los shrastres es la arquitectura. Las ciudades se han formado con construcciones de tamaño superhumano pero de formas geométricas desnudas. En parte son rocas acanaladas por dentro y revestidas por fuera. Cubos, rombos, pirámides truncadas ostentan revestimientos de color rojo, gris o castaño. El estilo del constructivismo en la arquitectura humana constituye una cierta insinuación del estilo de los shrastres. Se ha requerido una inspiración reforzada al subconsciente creativo de los hombres por las fuerzas luminosas de Fongaranda para que la arquitectura humana evitara las sugerencias de los shrastres y no convirtiera las urbes de Enrof en pobres imitaciones de las ciudades estereométricas de los igvas.

También inunda aquellas ciudades una tempestad de música estrepitosa, cacofónica para nuestro oído, pero que a veces se eleva a estructuras rítmicas capaces de hechizar a algunos de nosotros.

En la vida de los igvas resulta más importante aún la danza, si se admite el uso de esta palabra, para sus repugnantes bacanales. Y sus adoraciones demoníacas, que combinan impresionantes efectos lumínicos, el estruendo de enormes instrumentos y un vuelo–danza extático en el espacio de cuatro coordenadas, se convierten en masivos desenfrenos diabólicos que atraen a los ángeles de las tinieblas y cuya energía irradiada embebe Gagtungr.

Además de los igvas, en los shrastres habitan también otros seres, los aborígenes de este mundo invertido: son los *raruggos*, raza antigua cuya figura recuerda en parte a los centauros y en parte a los ángeles de las tinieblas, pero más a los reptiles fósiles del mesozoico elevados por los aires. Subidos al aire, mas no como lo hiciesen otrora los pterodáctilos con sus alas de murciélago: las alas de los raruggos son poderosas y enderezadas a ambos lados de su cuerpo desmesuradamente enorme. Con las leyes de gravedad vigentes en Enrof, un organismo volador tan macizo sería imposible.

Su similitud con los reptiles fósiles no es casual; los raruggos son, precisamente, estos reptiles. Después de largas encarnaciones en cuerpos de alosauros, tiranosaurios y pterodáctilos, algunas de sus especies –las más carnívoras– emprendieron el camino de ulterior evolución en las capas infrafísicas.

En los millones de años transcurridos, alcanzaron el escalón de la racionalidad; pero distan mucho del rebuscado intelectualismo de los igvas. En cambio, el poderío corporal y la increíble tensión emocional de su vida psíquica son tan grandes que, después de una larga lucha por esta capa de existencia, los igvas tuvieron que aceptar la estrecha vecindad de los raruggos. Pronto entre ambas razas fue elaborándose cierto *modus vivendi* que más tarde desembocó en una alianza. Ahora los raruggos son una especie de “caballería” racional de los shrastres, su ejército. Los igvas participan en las guerras sólo en caso extremo; suelen sólo dirigirlas, en especial la parte técnica. Los torpes sesos de los raruggos aún no pueden con el material bélico. Pero su increíble ferocidad, su belicosidad e impavidez, son condiciones indispensables para las guerras victoriosas en esta capa. Las antiguas nociones de los caballos alados del infierno son un eco de este saber sobre los raruggos.

En este revés del mundo hay guerras de dos tipos. En el pasado la historia de estas “satanocracias” se reducía básicamente a la rivalidad y a las luchas armadas recíprocas. Por supuesto que no todas las guerras de la humanidad han guardado una relación con las carnicerías ocurridas en aquel mundo lúgubre pero nuestras grandes guerras sí la han tenido, sin duda alguna. Durante las más intensas de estas guerras, algunos

shrastres sufrieron cambios catastróficos y hasta sucumbieron. Ahora es más difícil: las instancias demoníacas superiores se esfuerzan al máximo para afianzar la paz entre los shrastres. Sus causas son muy complejas y serán expuestas poco a poco más adelante. Pero la lucha realmente irreconciliable no se libra entre los shrastres, sino entre los igvas, raruggos y uizraores, por un lado, y los Sincretis de los zatómises, ángeles, daimones y los mismos demiurgos de los suprapueblos, por el otro.

Después de que la metacultura concluye el ciclo de su existencia en Enrof, su shrastra arrastra días tristes que parecen una permanente agonía de hambre. Gagtungr ya no los necesita y los abandona a su suerte *.

Los igvas y raruggos se degradan, y cesa el avance de la ciencia y la técnica. La destrucción de las respectivas formaciones estatales agresivas en Enrof corta la afluencia del alimento básico de los uizraores y los igvas, alimento que detallaré poco más abajo. Los habitantes de los shrastres, mientras degeneran, tienen que trampear con un pillaje menor, sencillamente robando alimentos a sus vecinos más afortunados, o bien subsistir malamente con la "mesa vegetariana". Éste es el destino también de algunos shrastres cuyas metaculturas aún subsisten en Enrof, pero cuyos uizraores han sido exterminados en las luchas mutuas y sus grandes ciudades subterráneas destruidas **.

* He aquí los nombres de los shrastres de las metaculturas que concluyeron en Enrof: Dabb, shrastra de la Atlántida; Bubgisch, de Gondvana; Setj, del Antiguo Egipto; Tártaro, de los greco-romanos; Nergal, de Babilonio-Asiria; Devan, de Irán; Zing, de los hebreos; Babilón, de Bizancio. El último nombre se debe, creo, a una interpretación inexacta de los símbolos del Apocalipsis. Por la Babilonia de la Revelación no debe entenderse el shrastra bizantino, sino la humanidad diabolizada del Porvenir.

** Se trata de Aru, shrastra de la metacultura Indomalaya; Alfokk, de la Musulmana; Tugibd, de la India. Los dos últimos aún pueden renacer con la aparición de la familia neohindú y neomusulmana de los uizraores.

Actualmente existen cuatro shrastres fuertes y activos. Son: Fu-ju, shrastra de la China, antiguo pero que hace poco tuvo un nuevo impulso para su desarrollo; Yunukamn, shrastra de la metacultura Católico-Romana, muy debilitado y atrasado, por cierto, pero aún activo *; Drukkarg, shrastra de la metacultura Rusa; y Mudgabr, el más poderoso de los shrastres, revés de la gran cultura del Noroeste.

Mudgabr fue fundado por el hombre-igva Klingsor, que en su última encarnación en Enrof fue uno de los inspiradores anónimos de la ejecución de Jesucristo, partidario consciente de Gagtungr, oculto bajo la máscara de fariseo y patriota. El anti-Montsalvat, que fundó más tarde, hoy ya no recuerda en nada a aquellas imágenes ingenuas y patriarcales que con retraso pasaron de las leyendas medievales a los dramas musicales de Wagner. La ciencia y la civilización de los igvas han avanzado más que nada en Mudgabr. Señalaré también que fueron los igvas de este shrastra los que lograron salir primeros a la superficie de la Tierra, que aparecía desértica y muerta en su mundo.

Pero la vida de los shrastres se entrelaza estrechamente con la existencia de seres demoníacos, de género y magnitud muy diferentes, habitantes de las capas de la sacuala vecina que mantiene una interacción activa con los shrastres. Los igvas y raruggos aún no pueden pasar a aquellas capas pero los moradores de la sacuala vecina -los uizraores- entran, mejor dicho, se arrastran en las ciudades de los igvas.

Son seres poderosos que tienen para la historia y la metahistoria una importancia tan enorme como lo son sus dimensiones corporales. Si

* Tras la inquisición se ocultó un fenómeno metahistórico sin precedentes: el engendro más terrible de Gagtungr. Ni antes ni después ha habido nada semejante en ninguna de las metaculturas. Habitó en Gashsharva y fue combatido por multitud de fuerzas luminosas; el último golpe se le asestó en el siglo XVIII, por el gran espíritu humano Juan el Teólogo. Ahora aquello está expulsado de Shadanakar al Fondo Galáctico. El papado no está del todo libre de la irradiación de las fuerzas demoníacas y por eso aún no ha censurado definitivamente aquella etapa histórica horrible.

imaginamos la cabeza de este ente en el lugar de Moscú, sus tentáculos llegarían al mar. Se desplazan a una velocidad insólita, poseen el don de hablar y no poca astucia.

Tienen un origen complejo y ambiguo. Cada familia de uizraores nació de la unión de las “carossas” –manifestaciones nacionales, locales, de Lilith, esa *Afrodita Popular* de la humanidad– con los demiurgos de suprapueblos. En la mayoría de las metaculturas estos seres se engendraron por voluntad de los demiurgos para defender el suprapueblo contra los enemigos externos. Surgieron por primera vez en la metacultura de Babilonia: su demiurgo quiso oponer este engendro suyo a los egregores belicosos de Egipto y Media, que amenazaban la existencia misma del suprapueblo babilónico. Pero las carossas llevan dentro de sí la maldita semilla de Gagtungr –que éste sembró en la más remota antigüedad en la carne etérica de Lilith–, de quien son manifestaciones nacional–culturales.

La semilla de Gagtungr predeterminó que ya el primer uizraor, al cumplir inicialmente la voluntad del demiurgo, pronto se transformara en portador del principio de gran Estado de Babilonia. Su agresividad impulsó a los demiurgos de otros suprapueblos a tomar medidas extremas para proteger a sus países en Enrof contra el invasor. Las medidas consistieron en engendrar seres similares capaces de oponerse al uizraor Babilónico. Así estos monstruos aparecieron en las metaculturas Iraní y Hebrea, y luego en todas las demás.

La reproducción de estos seres, muy agresivos y hondamente desdichados, ocurre como por gemación. No tienen sexo. Cada vástago en seguida se convierte en un enemigo mortal de su padre y en su asesino potencial. Así aparecieron en las metaculturas unas como dinastías de uizraores, que se suceden una vez exterminado el padre y devorado su corazón. En la mayoría de las metaculturas existe al mismo tiempo un solo uizraor, o bien un uizraor padre y uno o varios vástagos suyos que libran con el padre una lucha encarnizada. La lucha y la eliminación de los uizraores entre sí es uno de los espectáculos más monstruosos de la metahistoria.

En la existencia histórica de Rusia han cambiado tres uizraores reinantes; pero cada uno –antes de sucumbir– tuvo vástagos que logró devorar.

En la metacultura del Noroeste hay una situación diferente: allí han existido a la vez varias dinastías de uizraores, lo cual ha tenido consecuencias históricas inmensas para el mundo entero porque la presencia de varias dinastías ha impedido que el suprapueblo Noroccidental se uniera en un todo único. Ésta fue también la premisa de todas las guerras europeas y de las dos mundiales.

Los uizraores habitan en un mundo desierto parecido a una tundra caliente; se divide en zonas que corresponden a los límites de las metaculturas. Cada uizraor tiene acceso no sólo a las zonas vecinas (claro que sólo al vencer a sus respectivos uizraores) sino también a los shrastres, donde entra arrastrándose como una montaña nublosa. Los igvas y raruggos tiemblan al oír su voz, como ante un señor y déspota, pero a la vez le consideran gran defensor suyo, tanto contra otros shrastres como contra las fuerzas de la Luz. ¿Cómo lucharían sin él con las milicias de los Sincretis y el demiurgo mismo? Las diversas colisiones de la lucha que los uizraores libran entre sí, y cada uno de ellos contra el demiurgo y el Sincretis de la metacultura respectiva, constituyen, en gran medida, el lado metahistórico del proceso que percibimos como político e histórico.

Los uizraores ven Enrof confusamente, y a los humanos y nuestro paisaje borrosos y desfigurados, pero aman nuestro mundo con una pasión ardiente e insaciable. Quisieran encarnar aquí y no pueden. Ven a Gagtungr con nitidez y tiemblan ante él como esclavos. Debido a su limitación, consideran a los grandes igvas como meros ejecutores de su voluntad; en realidad el gran igva ve más alto y más hondo que ellos, sabe más y pretende aprovechar la codicia, la belicosidad y el poderío de los uizraores para los intereses de la antihumanidad.

¿Qué mantiene las fuerzas vitales de los uizraores? El mecanismo de este proceso no es nada sencillo. El uizraor irradia en cantidades gigantescas cierta energía psíquica que penetra en Enrof. Percibida por el subconsciente humano, se manifiesta entre las comunidades humanas como el complejo de sentimientos nacionalistas. La veneración de su

propio Estado (no del pueblo o del país sino justamente del Estado, con su poderío), la vivencia de uno mismo como participante de la grandiosa actividad imperial, el culto de los césares o caudillos, el odio ardiente hacia sus enemigos, el orgullo por los progresos materiales y las victorias externas de su Estado, la presunción nacional, la belicosidad, las ansias sanguinarias, el entusiasmo conquistador: todos estos sentimientos que se detectan ya a nivel de la conciencia humana pueden crecer, abultarse, hipertrofiarse sólo gracias a esta energía uizraorial. Pero también la psiquis humana enriquece estas –si se permite la expresión– descargas de energía con unas aportaciones que sólo son propias de ella. Surge un efluviio psíquico muy específico de las masas humanas, efluviio de naturaleza ambigua y orientación inversa que baja atravesando la corteza terrestre, penetra en las infracapaz vecinas y rezuma como un rocío rojo y viscoso en el suelo de los shrastres. Los igvas lo recogen para los uizraores –es su deber principal ante ellos– y se regalan con las sobras porque el miserable vegetar con alimentos vegetales no sólo les oprime y atormenta sino que no puede preservarlos de la degradación.

Es muy posible que simplifique o no exponga muy correctamente el mecanismo de este proceso, pero su esencia consiste en que los uizraores se alimentan con los efluvios psíquicos de los pueblos vinculados a las emociones del complejo estatal. Esto no sólo es un hecho muy serio sino también la causa de infinitas desgracias.

Los igvas no tienen acceso a las capas de los uizraores pero las ven como por fuera, borrosamente, en sombras. Escondidos en los shrastres, observan las batallas entre el uizraor y el demiurgo tratando a toda costa de verter en la mole enfurecida del demonio la mayor cantidad del rocío alimenticio. En ese momento no ven al demiurgo pero la presencia invisible de alguien potente y luminoso, capaz de combatir al mismo demonio imperial, les infunde horror y aguda hostilidad. Saben que la muerte del uizraor acarrea, junto con la ruina de la formación estatal en Enrof (que hasta podría alborozarlos si en lugar del viejo Estado hubiera de surgir otro, joven y más fuerte), la muerte de toda la dinastía de uizraores o la destrucción del shrastra. Ello predetermina la extinción de los Estados belicosos de la metacultura dada, al menos por muchos siglos.

Como quiero compartir todo cuanto sé, hasta detalles que parecen sin importancia, refiero al pie de página nombres de las dinastías muertas de uizraores *.

He aquí, las dinastías actualmente existentes: Iztarra, el uizraor de España; Nissush, dinastía mongolo–manchuro–japonesa; por ahora coexiste con él Lai–Rui, híbrido de Nissush con el Zhrugr ruso; el mismo Zhrugr y por último Waggag, nombre común para los uizraores del Noroeste que habitan su capa, como ya he dicho, coexistiendo varios a la vez. Ahora son tres: el inglés (Ustr), el francés (Bartrad) y un brote de Zhrugr arrojado a esta capa, el yugoslavo Çarmiç. Todos ellos ya no son primeros de su familia: estas dinastías aparecieron en siglos pasados.

Pero en el siglo XX han surgido también dinastías totalmente nuevas, producto de la unión, en época actual, de demiurgos con las carossas de las metaculturas. Shostr, el uizraor neoárabe nacido después de la derrota del Imperio Otomano y que busca manifestarse ora en un Estado árabe ora en otro, empezando por la Turquía kemalista. Avardal, el uizraor neohindú que nació hace algunos años por la misma necesidad fatal de proteger a la metacultura. Stabing, el uizraor de los Estados Unidos de Norteamérica, cuya figura tiene algo de tigre y ostenta un cono dorado en la cabeza. Y, además, Ukurmia, el uizraor neogermano, nacido después del derrumbe del Tercer imperio y la muerte de la vieja dinastía de uizraores. El demiurgo del Noroeste tuvo que repetir el paso fatal por no tener salida. La nueva criatura es menos feroz que su antecesor; se hacen esfuerzos increíbles para inspirarlo desde los mundos de Luz muy elevados. Se le brinda –por vez primera para los uizraores– la posibilidad de un camino ascendente y su figura muestra algo regio,

* Unidr, de Babilonia, Asiria y Cartago; Forsuf, de Macedonia y Roma; Foshz, de los hebreos; Ariman, de Irán (por raro que parezca el uso de este nombre en un demonio de gran Estado); Harada, de la India; Efror, de los Califatos, la vieja Turquía y los imperios turco–musulmanes. Ignoro los nombres de los uizraores de Bizancio y de los Estados medievales del Sudeste asiático, vinculados al shrastra Aru pero muy débiles.

más bien leonino. Porque hasta hoy ningún uizraor ha conocido otras postrimerías, sino la caída a Uppum, infierno especial de los uizraores, *Lluvia de la Eterna Melancolía*, creado otrora por Gagtungr para el dragón de la metacultura Protomongola que se convirtió a la Luz. Más tarde Uppum se cerró herméticamente y no hay salida de allí, al menos en este eón.

Me queda decir unas palabras sobre Drukkarg, el único de los shrastrés cuyo recuerdo se eleva a la esfera de mi memoria diurna. El centro de la capital de Drukkarg es una construcción de un kilómetro de alto: el templo. Ya me he referido a la estatua del protoigva que cabalga sobre un rarugg de alas desplegadas; y si se debe considerar como un análogo remoto de esa estatua en Enrof al Jinete de Bronce, al templo se vincula transfísicamente otro edificio conocido: el mausoleo.

La capital se inserta dentro de una ciudadela anular de círculos concéntricos. En uno de ellos se mantiene cautiva la Nauna, el Alma Conciliar Ideal de Rusia. Bajo el tercer Zhrugr la situación empeoró: se levantó una bóveda maciza sobre ella. Ahora su fulgurante voz apenas trasluce a veces, como una luminiscencia azulada invisible para los igvas y raruggos, en la superficie de las paredes ciclópeas. Y fuera de Drukkarg sólo los creyentes en la Rusia terrenal y los iluminados en la Rusia Celestial oyen su voz. ¿Quién es Nauna? Lo que une a los rusos en una nación; lo que llama y tira a las almas rusas concretas hacia arriba; lo que baña el arte de Rusia con una fragancia singular; lo que permanece sobre las imágenes femeninas más puras y sublimes de las leyendas, la literatura y la música rusas; lo que engendra en los corazones rusos la añoranza de una predestinación alta y especial, exclusiva de Rusia, todo eso es Nauna. Y su conciliaridad (*sobornost*) consiste en que algo de cada alma rusa sube hacia la Nauna, entra en ella, se acoge en ella y se funde con su Yo. También puede decirse así: cierta energía espiritual de cada hombre que integra el organismo de la nación permanece en la Nauna. Nauna es la esposa del demiurgo de Rusia, cautiva de los Zhrugres.

Zhrugr, como los demás uizraores, no puede tener otros hijos sino los zhrugritos que a veces brotan de él. Pero una remota semejanza de

matrimonio entre él y la carossa de Rusia, llamada Dingra, consiste en que él absorbe almas individuales rusas o, mejor dicho, sheltas, durante su sueño humano; y los sume en el seno de la carossa Dingra, donde se transforman, mutilándose y esterilizándose en lo espiritual. Percibimos sus resultados como la regeneración psíquica de aquellos de nuestros compatriotas que se han convertido en constructores activos de la ciudadela.

Además de los raruggos e igvas, en Drukkarg hay otros habitantes: los que tenían enlazada estrechamente su vida y obra en el Enrof ruso a la construcción imperial, los que ostentaron un inmenso poder e influyeron en los destinos de millones de almas. Están allí como prisioneros y esclavos que construyen sin descanso la ciudadela de los igvas. Salvo la muerte de los Zhrugres y la destrucción de Drukkarg, nada podrá liberarlos. Allí están, por ejemplo, desde el mismo inicio de sus postrimerías, Juan III y casi todos los monarcas, estrategas, edificadores activos del Estado. ¿Excepciones? Sí, también hay excepciones. Por un lado, son los tiranos: antes de entrar en Drukkarg tienen que expiar durante siglos su karma personal en los abismos de tormento. Algunos ya pasaron estos cercos y están allí, como Iván el Terrible. Otros, como Pablo I o Arakchéiev, sólo están subiendo de las profundidades de los magmas. Pero hay también otras excepciones, muy pocas: los que crearon en vida, siendo monarcas, un contrapeso a su karma personal-imperial, y lo crearon con fervorosa fe, con sublime caridad y bondad o hasta con sufrimiento. Recordemos a Vladímir el Santo, Vladímir Monómaco, Alejandro Nevski, Fiódor I. Recordemos a aquellos para quienes el poder, apenas tomado en las manos, fue sólo fuente de sufrimiento, pérdidas y hasta muerte: Fiódor Godunov, Juan VI. Muchos se asombrarán pero diré que a Nicolás II le salvó de Drukkarg sólo la tragedia que vivió en Yekaterinburgo. Posee una importancia muy especial una de las figuras más colosales de la metahistoria rusa: Alejandro I.

Hay como trescientos de estos prisioneros en Drukkarg. Son seres antropomorfos de enorme tamaño que recuerdan a las figuras de los antiguos titanes. Pero su aspecto no tiene nada de luminoso. Al contrario, sus rostros parecen calcinados por el fuego abismal; los cuerpos se

revisten de toscas telas de púrpura oscuro. Están encadenados entre sí y su labor es parecida a la albañilería, erigen nuevas y nuevas hileras de la ciudadela. Como sueño un breve sopor y una infravegetación como alimento. Gravita sobre ellos el terror ante el uizraor: en caso de desobediencia o rebeldía puede precipitarlos, como a los igvas, al Fondo de Shadanakar. La historia de Drukkarg ya ha sabido de tales casos.

De forma análoga a Drukkarg, en Mudgabr corren la misma suerte de prisioneros-titanes Carlos V, Napoleón, y casi todos los monarcas, estrategas y estadistas de Europa noroccidental y América del Norte. En Yunukamn trabajan de canteros Gregorio VII, Loyola, la mayoría de los papas. Torquemada, tras pasar muchos siglos en Biask y Propulk, ha sido levantado sólo hasta los purgatorios inferiores.

Y en una mazmorra totalmente inaccesible mantienen los señores de Drukkarg a los hermanos del Sincretis que apresaron en las batallas libradas entre las fuerzas de los shrastres y las fuerzas de la Luz. Nadie puede exterminarlos, ni los uizraores ni los igvas. Están confinados como en prisión sin término, esperando la inevitable destrucción –tarde o temprano– de esta fortaleza de la antihumanidad.

IV

ESTRUCTURA DE SHADANAKAR

LOS ELEMENTALES

1. Elementales demoníacos

Entre las capas de diversos signos y materialidad que conforman Shadanakar hay cuatro sacualas vinculadas a lo que llamamos elementos de la Naturaleza. ¿Vinculadas cómo? ¿Con qué?

Aquí tocamos una tesis bastante difícil de exponer. Sucede que el sentido y la importancia de cierta zona del mundo tridimensional que abarca, digamos, las cimas nevadas de los montes está lejos de agotarse con lo que perciben nuestros cinco sentidos, es decir, con estas cimas compuestas de gneis, granito y otras rocas y cubiertas de glaciares y hielos. Esta zona tridimensional resulta ser, además, una como semiesfera relacionable con otra zona o, dicho convencionalmente, una semiesfera que posee un número diferente de coordenadas espaciales. Las crestas nevadas –inanimadas, inhóspitas y estériles en su muerto esplendor– constituyen sólo una de las dos semiesferas o dos capas de un sistema estrechamente enlazado. La otra semiesfera o, mejor dicho, la otra capa suya, tiene dimensiones diferentes. Es el país de espíritus encarnados de sorprendente majestad, semejantes a reyes de las cumbres nevadas. Se llama **Orliontana**.